

O INDUSTRIA O DESPILFARRO

“Construir es un proceso organizador meditado” (Hannes Meyer)

“Contra el idealismo engendraron la utopía” (Antonio Miranda)

Con regularidad periódica los políticos suelen rematar las etapas en que los poderes públicos han realizado un gran esfuerzo para reducir los endémicos problemas de vivienda que padece nuestra sociedad con afirmaciones optimistas que sentencian la desaparición de la necesidad de alojamiento. Cuantifican gastos, comparan estadísticas, cortan cintas, entregan llaves y alegremente olvidan, mecidos en las delicias de la coyuntura, que al monstruo de la infravivienda, la inhabitabilidad, el hacinamiento, la precariedad de las instalaciones e infraestructuras, “no se lo come el lobo”. Y suele acontecer que efectivamente vuelva a salir de la cueva, también con pragmática y regular tenacidad, y que, a cada renacimiento, aparezca caracterizado de diferente forma, con elementos más y más complejos, más vinculado a otros procesos sociales y económicos, más estentóreamente reivindicado por colectivos afectados y comprometidos, con más peso en las contiendas político-electorales (como en la muy reciente acaba de constatar-se). Olvidan también que el esfuerzo de la siempre improvisada etapa anterior ha conllevado despilfarros sin cuento, sobresaltos, agravios y descalabros personales e institucionales para conseguir adormecer a la bestia.

Lamentablemente las respuestas tienen siempre que apoyarse en la mal llamada industria de la construcción que nunca jamás está preparada para aceptar el reto por la sencilla razón de que no existe (hay empresarios, hay financieros, hay técnicos, hay promotores, hay fabricantes de materiales, hay obreros más o menos cualificados... hay de todo menos industria). Como esta situación viene de antiguo cabe pensar que a nadie le interesa “industrializar” la construcción. En primer lugar, la consolidación de una industria que fuera capaz de abastecer el mercado con solvencia y regularidad (es decir, que pudiera hacer acopios y escuela y garantizar una calidad media y unos precios estables) parece contradecir la tendencia de una política económica asentada sobre la fluctuante base del “tira y afloja” tan del gusto de los árbitros del poder. A continuación, los modos y formas en que debieran manifestarse los productos de esta hipotética industria provocan el desconcierto, el miedo o el rechazo de los demás agentes que intervienen en el proceso de producción. Los promotores, constructores, banqueros y funcionarios no están por la labor porque la rutina asegura, sin mayor esfuerzo, sus

trabajos y beneficios. Los arquitectos y otros técnicos ven puesta en cuestión su competencia y sus conocimientos, cimentados en una enseñanza y una práctica enraizadas en clichés esteticistas, emotivos y sentimentales. Y finalmente los sufridos usuarios, que han soportando, más o menos directamente, los detestables resultados de la era de la prefabricación pesada y de la degradante arquitectura de masas, se revelan con impertinente indignación.

Sin embargo el monstruo está ahí y, a la vuelta de la esquina, va a volver a bramar. La situación actual es mala para darle una respuesta eficaz y satisfactoria, tanto desde el punto de vista social como desde el económico. Dejando a un lado la trágica carestía del suelo, es indudable que la debilidad estructural del sector está dando lugar a una inflación difícilmente controlable. Los costes seguirán subiendo y la calidad bajando si no se toman serias medidas que tiendan a industrializar el sector y, lógicamente, aseguren su presencia en un mercado sin sobresaltos a medio y largo plazo.

Pero tal vez da igual y estas reflexiones y las experiencias que se recogen en este número de "Informes" merecen, una vez más, la consideración de utopías "modernas". Como también puede ser utópico pensar que, en el fondo, lo que está en juego es no solamente la posibilidad de satisfacer la necesidad de alojamiento de mucha gente sino, sobre todo, la creación de una plataforma técnica que permita la libertad de decidir con autonomía **cómo** se satisface esa necesidad, de manera que el uso de la vivienda sea también satisfactorio, en su sentido biológico, una vez superada la "necesidad elemental" de tener cobijo. Cabe incluso preguntarse si ese "cómo" tendría también que extenderse al proceso mismo de la construcción, de tal manera que la gente pusiese en cuestión la aceptación resignada de decisiones ajenas que ilusoriamente los arquitectos suponemos que proceden de nuestro talento y nuestra capacidad de crear cuando, de hecho, se trata de imposiciones que nos llegan "prefabricadas" desde un remoto despacho de Manhattan en el que, alrededor de la mesa del Consejo de Administración de una multinacional, se dictan instrucciones para distribuir **(por todo el mundo ya)** materiales, técnicas, ideas, empresas y costumbres con el exclusivo objeto de maximizar los beneficios.

Luis Miquel